



\* Diana Abad Mg.

Coordinadora de la Carrera de Lengua Castellana y Literatura  
Universidad Nacional de Loja  
Correo electrónico: diana.abadj@gmail.com

---

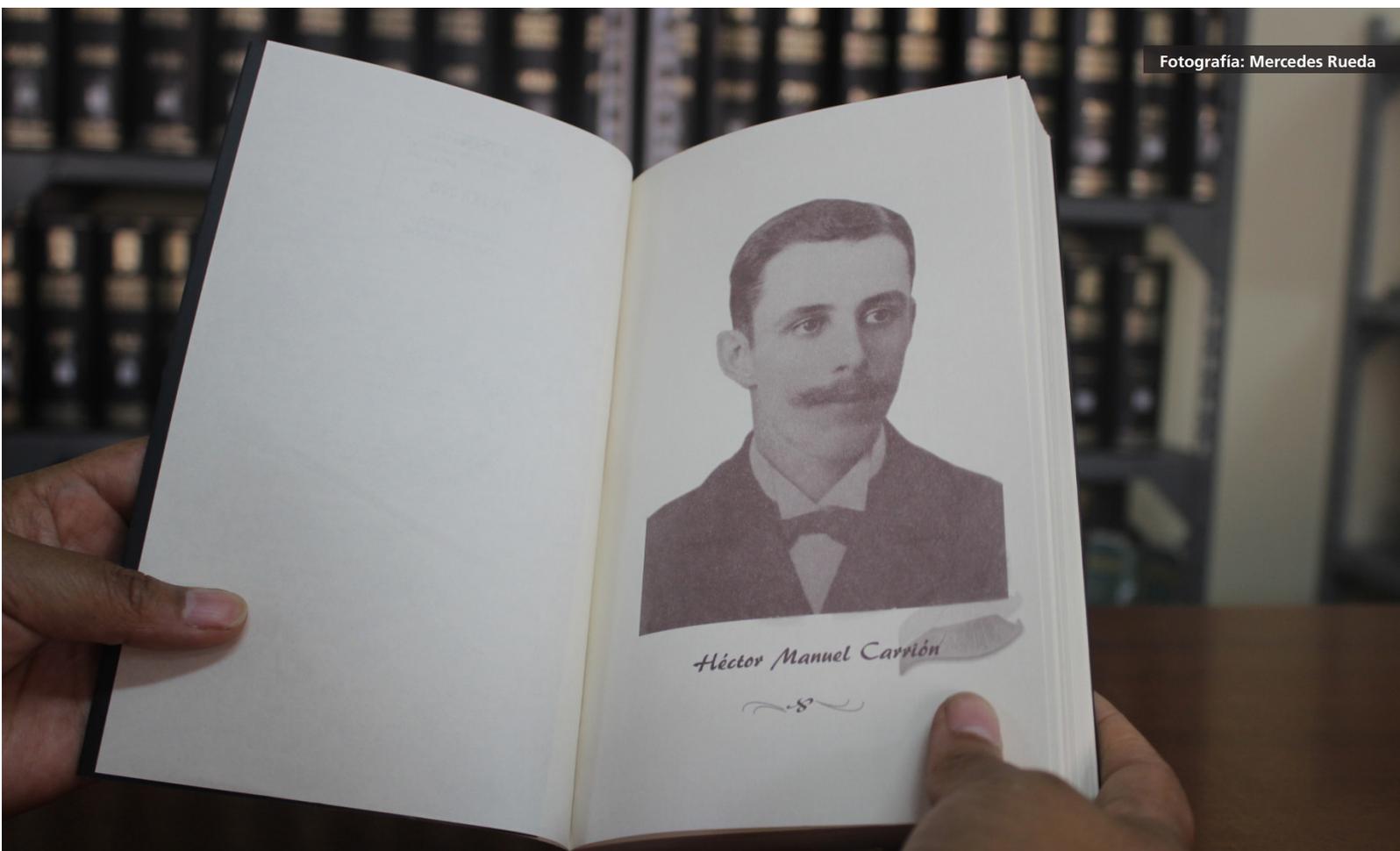
# Héctor Manuel Carrión: rupturas frente al intelectual hispanoamericano

---

**Hector Manuel Carrión the intellectual figure**

\*DIANA ABAD: Licenciada en Ciencias de la Educación. Mención: Lengua Castellana y Literatura en la Universidad Nacional de Loja (2011). Magister en Estudios de la Cultura mención: Literatura Hispanoamericana, Universidad Andina Simón Bolívar, (2013) Finalista del Tercer Concurso Nacional de Excelencia Educativa organizado por la fundación FIDAL en octubre de 2010 con el proyecto "Producción Escrita" dentro del Área de Lengua y Literatura. Coordinadora de la revisión y corrección de la publicación escrita

anual "Pienso, siento, escribo" del centro educativo Amauta (2007-2011). Actualmente Coordinadora de la carrera de Lengua Castellana y Literatura de la UNL e Integrante del Comité Editorial de la revista Educación, Arte y Comunicación.



A veces habla, en una especie de jerga enternecida, de la muerte que obliga a arrepentirse, de los seres desdichados que ciertamente existen, de los trabajos fatigosos, de las separaciones que desgarran el corazón. En los tugurios donde nos emborrachábamos, lloraba mirando a quienes nos rodeaban, el rebaño de la miseria. Levantaba del suelo a los borrachos, en las calles negras. Sentía por los niños la compasión de una mala madre. — Se marchaba con ternuras de niña de catequesis. — Fingía estar al corriente de todo: comercio, arte, medicina. — Yo lo seguí, itenía que hacerlo!

ARTHUR RIMBAUD

Los estudios culturales nos permiten consolidar innumerables discursos sociales para reconstruir a personajes, acontecimientos, afirmaciones e incluso a la historia misma desde miradas o enfoques múltiples que fueron negados o silenciados en una época

determinada. Bajo esta perspectiva, escribir acerca de Héctor Manuel Carrión implica abrir debates sociales que sin duda aportan a la reinterpretación de la historia hegemónica y oficial.

El registro histórico sobre el que descansa nuestra literatura, que de alguna manera es el resultado o propósito de un canon literario, en varias ocasiones anula a ciertos referentes literarios. Héctor Manuel Carrión se ajusta a dicha nulidad o negación. Existió en el Ecuador una suerte de invisibilidad hacia su escritura. Como lo menciona el propio Benjamín Carrión:

En el último rincón del mundo, mientras tanto en Loja, coetáneamente a la aparición de la falange modernista, Héctor Manuel Carrión, que el Ecuador acaso por el exceso de grandes figuras desconoce, había escrito estudios sobre Baudelaire, sobre Anatole France, Edgar Allan Poe, y sus poemas emparentaban con el simbolismo más alto. (Carrión, 1985, p.3)

A partir de este resquicio es importante rastrear y conocer qué se ha dicho de la literatura de Héctor Manuel Carrión, desde qué memoria se lo ha dicho y con qué objetivo. Específicamente, mirar el proceso de construcción bajo el cual se creó la memoria colectiva de Héctor Manuel Carrión ¿se autoriza o silencia su voz en el canon simbólico establecido en la poesía ecuatoriana?

Héctor Manuel Carrión Mora, nace en Loja el 7 de noviembre de 1878 en una ciudad empapada de puritanismo y una férrea aristocracia aún poblada de rezagos coloniales; muere en 1929 producto del suicidio. Hijo de Filomena Mora y Manuel Carrión Riofrío, es el mayor de los hermanos Carrión Mora y al parecer el iniciador del gusto literario de Benjamín, éste en varias de sus memorias así lo reconoce. . "Aquí adentrísimo de mí, todo lo poco de iluminado que poseo se lo debo a él" (Carrión, 1980, p. 52). Nuestro poeta fue un hombre tímido y de convencimientos radicales, con una existencia que se esfuma en la intensidad de una soledad infinita.

Es un rasgo esencial de su biografía, el que da pie a este ensayo, el hecho de que no le gustaba ejercer ningún tipo de autoridad política ni artística, en un siglo en el que todo intelectual aspiraba a ejercer un cargo público para posicionarse a partir de ello; junto a la Modernidad llegó el aburguesamiento de la literatura. En este sentido, el ensayo estará enfocado hacia dos puntos claves: el primero radica en un breve análisis histórico de la configuración del intelectual en Hispanoamérica de acuerdo a la propuesta de Carlos Altamirano. Y el segundo, puntualizará los rasgos que determinan la ruptura que realiza Héctor Manuel Carrión como sujeto poético frente al estereotipo del intelectual.

La configuración del intelectual en Hispanoamérica se instauró como una consigna cultural que debía estar presente como una aureola en los hombres de letras de finales del siglo XIX y principios del XX; espacio en el que se ubica Héctor Manuel Carrión. Esta imagen, del intelectual tan recurrente como tentadora llegó inclusive al último rincón del mundo; esta pequeña urbe compartía la noción que Carlos Altamirano menciona acerca del intelectual:

(...) el concepto de intelectual resulta irreductible al de una categoría socio profesional, pues con ese

término se agrupa y se identifica a un abigarrado conjunto de personas que poseen conocimientos especializados y aptitudes cultivadas en diferentes ámbitos de expresión simbólica (literatura, humanidades, derecho, artes, etc.), y que proceden de diversas profesiones. (Altamirano, 2010, 14)

Añadido a esto, recordemos que en la Colonia se establecían estatus determinados para la élite intelectual:

El ejercicio de la palabra oral o escrita, el conocimiento del latín o el uso de las galas de la retórica acarrea, para quienes los ostentaban, gran prestigio e influencia social que convertía al orador-generalmente sagrado-, al escritor, al profesor o al simple diletante, en el hombre culto, en el hombre de intelecto por esencia. En esa cultura docta, el saber teológico y el de las Sagradas Escrituras constituían la cumbre de la sabiduría. Ello suponía un profundo conocimiento de la lengua latina, requisito sin el cual nadie podía considerarse letrado. El ingreso a la universidad y el acceso a la cultura académica estaban reservados solo aquellos que habían probado "limpieza de sangre" esto es, a los criollos y sus descendientes y sobre quienes no había duda de una pretendida pureza racial blanca. Por ello, la cultura de la palabra en la Colonia fue exclusiva y excluyente, patrimonio de una casta, distinción de un sector privado de la clerecía, ornamento de una minoría letrada que buscaba por ese medio distanciarse del vulgo. (Valdano, 2000, p.90)

En continuidad al periodo colonial, la creación y fundamentación de los estados latinoamericanos propicia que la literatura se adhiera hacia los fines sociales de modelamiento de una conciencia patriótica común, en ese sentido, los literatos estuvieron confinados a comulgar con la creación de representaciones sociales e históricas: "Los escritores fueron alentados en su misión tanto por la necesidad de rellenarlos vacíos de una historia que contribuiría a legitimar el nacimiento de una nación, como por la oportunidad de impulsar la historia hacia ese futuro ideal" (Sommer, 1994, p.24). De esta manera, de la mano de los héroes se encontraban los hombres de letras:

Al menos hasta mediados del siglo xx, la concepción del hombre de letras como apóstol secular, educador del pueblo o de la nación, fue seguramente el más poderoso de los modelos que se encargaban en ejemplos dignos de admirar como de imitar. El prototipo se forjó en la cultura de la ilustración y les proporcionó a nuestros ilustrados una imagen de su papel social. El discurso americanista se

entretrejió tempranamente con esa representación de los hombres de saber y en el panteón de las personalidades del continente se añadió, junto a los héroes de la emancipación “los Libertadores”, a los héroes del pensamiento. A veces, como en este pasaje de Pedro Henríquez Ureña (1925: 25), los héroes de la palabra alcanzaban en ese panteón un lugar más elevado que los hombres de acción (Altamirano, 2010, p. 15-16).

De esta manera, el proceso de consolidación de los Estados Latinoamericanos se fundamentó en las acciones realizadas por los letrados más ilustres:

Si se piensa en el siglo XIX, no podrían describirse adecuadamente ni el proceso de la independencia, ni el drama de nuestras guerras civiles, ni la construcción de los estados nacionales, sin referencia al punto de vista de los hombres de saber, a los letrados, idóneos en la cultura escrita y en el arte de discutir y argumentar. (Altamirano, 2010, p.15-16)

Altamirano (2010), llega incluso a advertir que la palabra venció a la fuerza. Es decir, el intelectual cobraría mayor protagonismo en el proceso de consolidación de los estados hispanoamericanos:

La barbarie tuvo consigo largo tiempo la fuerza de la espada; pero el espíritu la venció, en empeño como de milagro. Por eso hombres magistrales como Sarmiento, como Alberdi, como Bello, como Hostos, son verdaderos creadores o salvadores de pueblos, a veces más que los libertadores de la independencia. (p.16)

Ángel Rama (1998) sumerge su reflexión bajo el mismo fondo; evidencia la conformación jerárquica de un círculo de poder tanto de la escritura como de quienes la ejercían dentro de la constitución política y social de los estados latinoamericanos, en *La ciudad letrada* (1984) manifiesta:

En el centro de toda ciudad, según diversos grados que alcanzaban su plenitud en las capitales virreinales, hubo una ciudad letrada que componía el anillo protector del poder y el ejecutor de sus órdenes: una pléyade de religiosos, administradores, educadores, profesionales, escritores y múltiples servidores intelectuales, todos esos que manejaban la pluma, estaban estrechamente asociados a las funciones del poder (p.32)

Es decir, a partir de los intelectuales se buscaba la consolidación de un grupo selecto de hombres que

podrían responder a elementos comunes y poder conformar, más que redes de saberes, círculos de poder que les permitiesen manejar las estructuras sociales de la época. El mismo Rama (1998) nos da cuenta de los privilegios que traían consigo el integrarse a un grupo intelectual:

Más significativo y cargado de consecuencias que el elevado número de integrantes de la ciudad letrada, que los recursos de que dispusieron, que la preeminencia pública que alcanzaron y que las funciones sociales que cumplieron, fue la capacidad que demostraron para institucionalizarse a partir de sus funciones específicas (dueños de la letra) procurando volverse un poder autónomo, dentro de las instituciones del poder a que pertenecieron, : Audiencias, Capítulos, Seminarios, Colegios, Universidades. (p.35)

Se estableció una hegemonía literaria y cultural en la que el hombre de letras debía responder a los patrones de intelectual posicionándose desde el poder autónomo de la letra; concretamente el escritor cumplía con una función metonímica en la representación social. Esta característica conllevaba a convertirse en personajes épicos o heroicos de un determinado constructo social; debían mostrarse en el imaginario común como figuras impolutas, grandiosas y dignas de imitarse.

Juan Valdano, en el primer tomo de la *Historia de las Literaturas del Ecuador* (2000) nos acerca a lo que sucedía en el Ecuador del siglo XIX, dejando clara la continuidad de los años coloniales a la hora de establecer élites intelectuales: “La naciente sociedad republicana mimó a los escritores porque reconocía en ellos la continuación de esa cultura verbalista que, presumiblemente, les hacía más aptos para tareas nuevas como legislar o conducir las cosas del Estado recién nacido”, (Valdano, 2010, p. 91).

Bajo estos antecedentes, la historia a través de su discurso edifica la reconstrucción del hombre de letras a partir de una línea homogénea: el reconocimiento a partir de la representación intelectual.

Desde el siglo XIX, el reclutamiento de escritores para el servicio diplomático fue una costumbre extendida en América Latina. La práctica cumpliría muchas veces una doble función, sobre todo en el siglo XX. El hombre de letras prestigiaba al país en el exterior y el estado ejercía una especie de mecenazgo. (Altamirano, 2010, p.18)

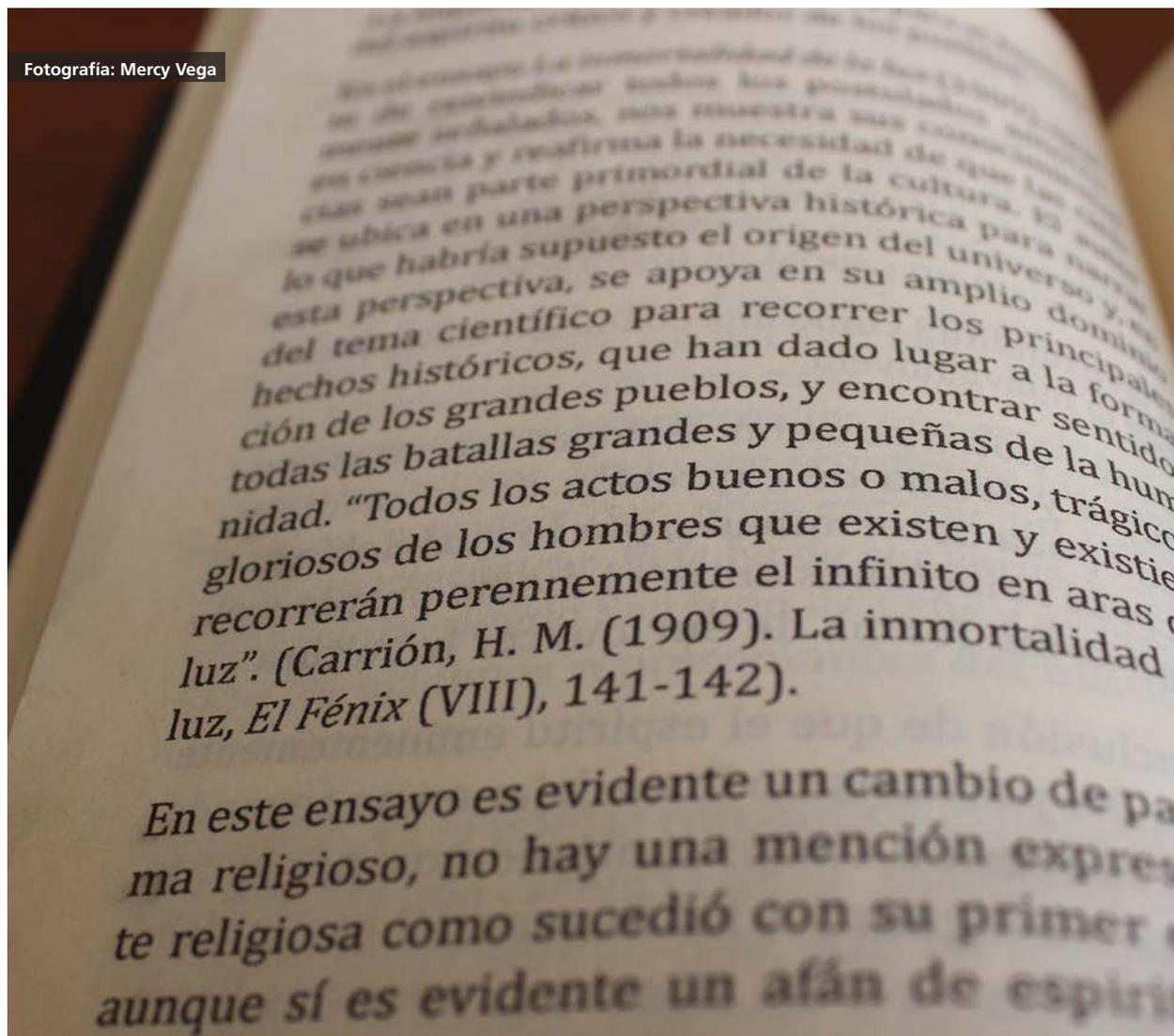
Hay que señalar que la representación del escritor deviene de una tradición social heredada; las letras siempre fueron vistas como una herramienta para testimoniar la configuración del poder de un determinado constructo social y de esta manera consolidar un monopolio cultural. En este sentido Carlos Altamirano (2010) refiere:

¿Cuál ha sido la función de esas elites dentro del sistema de poder? Producir discursos de legitimación del orden social, incluida la definición de la cultura legítima, que no era otra que la de los mismos letrados. Sobre el fondo de esa prolongada continuidad que liga la gente de saber con la estructura de la dominación social, se despliegan los cambios o discontinuidades en las modalidades de ese papel social y los discursos correspondientes de legitimación: por ejemplo, el

cambio del discurso religioso de dominación a los discursos ideológicos modernos. De la empresa de evangelizar se pasa a la de educar: "Aunque el primer verbo fue conjugado por el espíritu religioso y el segundo por el laico, se trataba del mismo esfuerzo de transculturación a partir de la lección europea". (Altamirano, 2010, p. 18)

Con las referencias mencionadas se puede determinar el mecanismo que se empleó para entretejer las construcciones y discursos culturales con los que se edifica la tradición latinoamericana para consolidar el estereotipo social de los letrados. En este sentido, los registros históricos hegemónicos de la literatura o canon literario perennizaron a los literatos como figuras intelectuales; connotaciones que se establecían por agentes y contextos que necesitaban

Fotografía: Mercy Vega



recrearlos de acuerdo a intereses de una determinada época. Por lo que cabe remarcar la importancia de analizar desde dónde se plantea el discurso de nuestros referentes literarios y qué tanta fuerza mantiene la idea que Carlos Altamirano (2010) rastrea en la historia de los intelectuales en América Latina, con base en que: la historia literaria de la América española, debe escribirse alrededor de unos cuantos nombres centrales: Bello, Sarmiento, Montalvo, Martí, Darío, Rodó.

Centrándonos en la figura de Héctor Manuel Carrión y su paso por la aristocrática sociedad lojana del siglo XX, se pueden observar dos coordenadas concretas en relación con el estereotipo intelectual. Por un lado, la sociedad lojana mantenía la representación del hombre letrado que se estableció desde la historiografía, concretamente en las figuras de Benjamín, Alejandro Carrión y, de alguna manera, en la de Pablo Palacio. Al otro lado de la esfera, con una ruptura visible, aparece Héctor Manuel Carrión quien a través de la voz del poeta protesta y actúa desde los márgenes para exigir, desde el solo hecho de su existencia, una interpelación hacia el discurso hegemónico impuesto por la sociedad para ser un hombre de letras.

La élite literaria cumple la función de argamasa con la cual se elaboran las producciones hegemónicas y por supuesto el canon literario. De ahí que nuestro poeta no se encuentre entre las glorias y lustros de las figuras del Modernismo, por haber sido, como la mayoría de poetas de esta época, ajeno a cualquier vínculo político social.

Encontramos en la crónica *Imprecaciones Líricas* de Medardo Ángel Silva (2004), una especie de manifiesto con el que comulga perfectamente el pensamiento de Héctor Manuel Carrión. Cito dicha crónica:

No es para ti, burgués que llevas por corazón un dólar yanqui a cuyo precio venderías a tus hermanos y negarías a tu padre y a tu madre; no para ti, político sin conciencia, filisteo con libreta partidista, buitres que hinca sus garras en el corazón palpitante de la república exangüe; no para ti, sacerdote falso de un culto de mentira, ministro que vestido con toda la soberbia pompa de los príncipes de la tierra, hablas de humildad y te cubres de vestiduras de majestades asiáticas para predicar la santa doctrina en nombre de aquel Maestro Divino de Judea; no para ti, oscuro mercader de alma

judía, idólatra a los pies del becerro de oro: no para vosotras chiquillas de almas paráliticas que lleváis el corazón como vuestros vestidos: a la última moda. (Silva, 2004, p. 595)

Héctor Manuel fue un poeta en el que se visibilizó una ruptura de época contundente. Se fue en contra de las elites políticas y los dogmas intelectuales. De acuerdo con Bernardita Maldonado (2014) estudiosa del poeta, la existencia del personaje se definiría así:

Su escritura lo configura como un ermitaño que conoce el aislamiento geográfico y la soledad e invisibilidad que asumió estoicamente junto al olvido que durante décadas ha soportado su obra. El viejo ambiente conservador hacia que la gente se alejara de él, por no ajustarse a los sacramentos que un buen cristiano debía cumplir. Héctor Manuel parece encarnar todas las contradicciones de su tiempo y de la sociedad lojana de finales del siglo XIX e inicios del XX. Este singular hombre amaba la tertulia bondadosa y sencilla con la gente anónima. Estuvo alejado de las cosas del mundo y fue amante de una existencia anónima, de hacer de la escritura una inocente ocupación. Realizó algunas publicaciones utilizando seudónimos y su interés mayor era la formación de sus estudiantes en el colegio Bernardo Valdivieso. Fue un hombre sin pretensiones de representatividad, sin vanidad, con una timidez que lo paralizaba, ¿cómo podría triunfar en una época en la que se valoraba la apariencia, en la que se presumía de las haciendas y de los arrimados con los que se contaba? No hay evidencia de algún viaje largo de Héctor Manuel Carrión y esta ausencia de viajes lo obligó a un movimiento interior, porque mientras hay más quietud es más grande el mundo onírico, sus viajes fueron a través de los autores que amó y a los que difundió con tesón. (Maldonado, 2014, p. 51-52)

La característica de no haber emigrado de su ciudad natal se contraponen a las pretensiones de varios de sus coetáneos. Rechazo totalmente la idea de diplomacia que implicaba salir o desempeñar un cargo local:

Hubo migraciones espontáneas, decididas libremente por los propios escritores. Los motivos detrás de una decisión por cierto drástica podrían ser muy variados: razones económicas, la búsqueda de una ciudad vitrina a través de la cual potenciar la propia fama, el deseo de viajar y conocer otros horizontes, cuestiones familiares o de salud, o el ejercicio de aquella función de Estado que ya a

fin del siglo XIX comenzaba a convertirse en la profesión por antonomasia de los intelectuales, la diplomacia, pero como regla general se reducían a dos: la estrechez económica o la estrechez intelectual de la tierra de origen. (Altamirano, 2010, p. 41)

Héctor Manuel Carrión se rehúsa a compartir patrones estereotipados y dar continuidad a la función que cumplían los intelectuales. Con su producción literaria y su vida crea un espacio de resistencia a través de su yo poético. Esta característica abre debates contemporáneos y disímiles que se apartan de los tradicionalismos impuestos por la estructura cíclica y compacta de la historia intelectual de aquella época. El poeta aparece como un sujeto literario reservado y desligado de todo orden social. Transgrede aquellas fronteras históricas que delimitaron jerarquías y círculos de poder. El poeta se aleja del sentido tradicional del intelectual lleno de símbolos con el que se configura el pasado en la memoria colectiva. Su escritura no se detiene en ese tipo de representaciones.

De acuerdo con lo que propone Mery Torras en relación al cuerpo como entidad social, el cuerpo social de este escritor lojano no se ajustaría al contexto en el cual estuvo inscrito, debido a que:

Los cuerpos se constituyen como una suerte de metáforas de la sociedad a la que pertenecen. Existe un reconocimiento ligado a una modelación y disciplinamiento sobre los cuerpos y sus actuaciones sociales, que los esculpe y los jerarquiza en función de un cuerpo ideal para cada identidad establecida. (Torras, 2012)

En este sentido, la discusión que propicia Héctor Manuel como cuerpo irruptor, falsea el discurso de poder que maneja el canon de la literatura como registro de las figuras y datos históricos debidamente legitimados, verdaderos y pertenecientes a un reconocimiento histórico determinado; es necesario y oportuno desacralizar representaciones herméticas. Paul Ricoeur anota en su texto de *Historia y Narratividad*: “hace falta luchar contra la tendencia a considerar el pasado desde el solo ángulo de lo acabado, de lo inmutable, de lo caduco. Es menester volver a abrir el pasado, reavivar en él las potencialidades incumplidas, impedidas e incluso masacradas”. (Ricoeur, 1999, p. 83)

Dentro de esta perspectiva, la figura de nuestro vate podría poner en jaque algunos de los puntos más neurálgicos del imaginario de los grandes intelectuales. La memoria colectiva, otrora fundada sobre compendios compactos manejados desde los discursos de poder, con Héctor Manuel Carrión está sujeta a una nueva interpretación. El autor despoja a la memoria del intelectual de su sentido inicial de convencimiento y formación social. Lo que se pretende es ir contra la rigidez de la historia y abrir nuevas posibilidades de interpretación. Cambia la intencionalidad común de mostrar una historia perfecta, creada por los grandes personajes literarios. Carrión es aún un escritor abierto a lo sublime del parnaso o a lo más absurdo del infinito.

Quisiera finalizar este ensayo con las palabras de Rimbaud, que reflejan perfectamente el espíritu de nuestro poeta lojano: "Nunca hombre alguno formuló un voto semejante. Yo admitía, —sin temer por él, — que podía ser un serio peligro dentro de la sociedad. — ¿Tiene tal vez los secretos para cambiar la vida?".

---

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

---

Altamirano, C (2010) Historia de los intelectuales en América Latina II, Bogotá, Paidós.

Maldonado, B (2014) Héctor Manuel Carrión, la extraña soledad del corazón, Loja, Casa de la Cultura Ecuatoriana.

Rama, A, (1998), La ciudad letrada, Montevideo, ARCA S.R.L

Ricoeur, R, (1999), Historia y Narratividad, Barcelona, Paidós.

Silva, M (2004) Obras completas de Medardo Ángel Silva, Guayaquil- Ecuador, Municipio de Guayaquil.

Somer, D (1994) Narrativas Fundacionales, Bogotá, Fondo de Cultura Económica.

Torras, M (2012) El delito del cuerpo, material de estudio del curso Género y literatura, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar.